

Re-presentar a Latour. Un obituario.

ELENA URIETA BASTARDÉS

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

(pág 227 - pág 232)

Bruno Latour (Beane-Borgoña-1947) falleció el 9 de octubre de 2022 en París a los 75 años. Diplomático pensador francés, se definía a sí mismo como un antropólogo de la ciencia para el que la filosofía era algo indispensable. Cultivado entre viñedos y tierras, se formó en teología y filosofía en la Universidad de Tours, donde se doctoró en 1975 con una tesis sobre la exégesis y ontología de textos bíblicos sobre resurrección. Sin embargo, alcanzó una gran repercusión cuando le abrieron las puertas del Salk Institute de San Diego para describir el día a día de la actividad científica. La minuciosa sensibilidad etnográfica que desplegó en *La vida en el laboratorio. La construcción social¹ de los hechos científicos*, publicado en 1979 con Steve Woolgar, y, posteriormente, *Ciencia en acción* [1987]; le permitió defender que los hechos científicos no se fabrican ni mantienen solos, que en ese proceso la retórica, credibilidad e intereses de los científicos son tan importantes como los instrumentos de medición y aparatos de conocimiento que los inscriben y que el descubrimiento de una hormona como TRF (H) está estrechamente imbricada en el número de aliados humanos y no humanos que es capaz de movilizar. Sostendría, entonces, que la objetividad de los hechos científicos se logra cuando se consigue asentar una enmarañada y convulsa relación socio-técnica, cuando un actor logra resistir las distintas pruebas de fuerza a las que se ve sometido en la práctica cotidiana del laboratorio.

En aquellos años el nombre de Bruno Latour comenzó a resonar fuertemente en los emergentes estudios sociales de la ciencia, y la polémica estaba servida. Un relativista postmoderno para aquellos que sostenían que bacterias, microscopios y moléculas existen y funcionan independientemente de la mente humana. Un esencialista realista para aquellos que defendían que sólo las interacciones entre humanos tienen la capacidad de establecer y disputar afirmaciones científicas, de construir el sentido del mundo.

Bruno Latour conmocionó gran parte de los CTS (estudios sobre Ciencia, Tecnología y Sociedad) y negaría siempre esta división, lo que le llevó a ocupar un lugar ambiguo en los intersticios de la gran guerra. Aun habiéndose atrevido a analizar textos de Einstein como textos literarios (Latour 1988), su propuesta siempre fue un acuerdo de paz recibido con sospechas por ambos bandos (ver, por ejemplo, Pickering (Ed.) 1992). Latour propondría tratar simétricamente actores humanos y *actantes* no humanos (incluso sin figuración específica), reconociendo un rol verosímil a los objetos, su capacidad de agencia, más allá de su dimensión simbólica. Con la interobjetividad de Latour (1996) el significado social de los objetos deja de estar a merced de agentes puramente humanos, se convierten en *factiches* que legan y modifican la situación por otros medios. Aquello fue considerado un gesto osado para las humanidades y ciencias sociales heredadas del giro lingüístico y el (post)estructuralismo.

Pese a todo, en 1982 había encontrado un prolífico hueco en el Centre de Sociologie de l'Innovation de la École des Mines de París, que hizo aún más patente su interés por aquellas entidades liminales, híbridas, artefactos cuya existencia titubea y despierta

fuertes controversias. Dicho en términos del propio autor, cuyo proceso de articulación hacía falta *descajanegrizar*.

Con los microbios de Pasteur (*Les Microbes: guerre et paix, seguido de Irréductions*, [1984]), los trenes automáticos (*Aramis ou l'Amour des Techniques*, [1993]), la selva amazónica (*La esperanza de pandora*, [1999] 2001) o las disputas por las fuentes del derecho en el Consejo de Estado francés (*La fabrique du droit*, [2002]); sin dejar de mencionar el discurso religioso, la invisible arquitectura de alcantarillado de la ciudad de París, la momia de Ramses II, las llaves de los hoteles... Latour haría el trabajo de los colectores dinámicos, reuniría partículas heterogéneas y las pondría en movimiento hasta sentar las bases para una Teoría del Actor-Red (Actor Network Theory, por sus siglas ANT en inglés) en compañía de Madeleine Akrich, Michel Callon o John Law.

Su principal aportación durante aquellos años consiste en asentar una noción de agencia en parte inspirada en la perspectiva semiótica generativa de Algirdas Greimas—matizada en colaboración con su colega Paolo Fabbri—, la filosofía y antropología de las técnicas de Gilbert Simondon o André Leroi-Gourhan y las diferentes experiencias que el trabajo de campo etnográfico le aportaban. La capacidad de agencia de cualquier entidad a la que Latour se acercase implicaba un descentramiento y dinamismo de los marcos de enunciación: Louis Pasteur descubre el ácido láctico tanto como el ácido láctico descubre a Pasteur. Y, además, la relación entre ellos modifica la Francia del siglo XIX tanto como ésta constituye a ambos. Como a Mafalda en la ingeniosa viñeta de Quino, a Latour le parece que también es el cigarrillo el que fuma, el que hace al fumador. Ya no hay separación, determinismo, causalidad lineal, representación de la mente humana ni substancia subyacente; sólo conexiones, relaciones, redes de actores diversos que se van modificando en el curso de un acontecimiento. Original postulado del que harían eco algunas aportaciones del número 34 de la revista *deSignis* (2021), en su serie intersecciones, aplicadas a las redes de transporte.

Al narrar en una misma historia cómo convergen trayectorias de entidades humanas y no humanas (una constitución interna y externa, una suerte de monadología inspirada en Gabriel Tarde), la TAR ponía el acento en el *entre*, en el guion, antes de tener que elegir entre actores o redes (Latour, Harman & Erdélyi 2010). Latour haría acopio de conceptos como el de delegación, traducción o mediación para mostrar cómo se va edificando un colectivo en una trayectoria por la que la acción siempre es tomada por otros. Vinculante, comunicante y ontogenética.

Siendo uno de los autores más prolíficos del pensamiento contemporáneo, el largo cambio de siglo fue testigo de una monumental producción de textos y debates sobre cuestiones enormemente relevantes para la teoría social, que van desde la preocupación por la debilidad de la crítica (Latour 2004) a una peculiar vuelta al materialismo (2007). Por si fuera poco, en medio de aquellas turbulencias Latour publicaría también un pequeño manifiesto técnico-político promulgado por primera vez en 1991, y que quizás sea tu texto más citado, replicado y traducido a diversas lenguas. Con él trataría de aunar sus tesis para reformular el problema de la modernización después de la caída del muro:

“¿Es nuestra la culpa si las redes son a la vez reales como la naturaleza, narradas como el discurso y colectivas como la sociedad?” (Latour [1991] 2007: 22). *Nunca hemos sido modernos* fue su férrea respuesta ante aquellos que habían intentado separar la bomba de vacío de Boyle y el Leviatán de Hobbes, el agujero en la capa de ozono y las estrategias

geopolíticas, la naturaleza de la cultura, el sujeto del objeto, lo macro de lo micro, la semiótica de la materialidad, lo humano y los artefactos. Mencionando los devastadores efectos que este esfuerzo de purificación habría generado para todos aquellos a los que los presuntos modernos europeos impusieron un corte nada limpio –modernizarse–, Latour alegaría que ya no hay una naturaleza prístina, local o abstracta a la que regresar, que inventamos a los ecodidas al mismo tiempo que las hambrunas a gran escala y que una nueva constitución, una suerte de democracia extendida a las cosas, era urgente si queríamos seguir existiendo en este mundo donde proliferan los híbridos.

De ahí que su preocupación por este oxímoron llamado “políticas de la naturaleza” diera comienzo a los años en los que la idea de volver a “ecologizar” un mundo común tornase uno de los objetivos centrales de sus obras, especialmente a partir del año 2006, cuando entra a formar parte de la reputada academia Sciences Po de París. En esta institución emprende el proyecto de dirigir un laboratorio experimental de investigación que daría grandes frutos, resultado de sus originales colaboraciones con artistas, filósofos, antropólogos, biólogos o medioambientalistas. Se prestaría a visitar distintas universidades, sobre todo de ámbito anglosajón, y participaría en diversos seminarios y congresos, siempre dispuesto a debatir sus postulados incluso con aquellos que le habían criticado.

Porque si bien es cierto que Bruno Latour no ocupó las grandes sillas del College de France, no se puede afirmar que su posición haya sido irrelevante, marginal o poco privilegiada. En 2013 fue condecorado con el Premio Holberg Memorial y en 2021 con el premio Kyoto. Gracias a su diplomacia, Latour llegaría a instituirse como un teórico fundamental más allá de la epistemología de las ciencias, dando dignidad a sus propios postulados: Cuantas más asociaciones enlace un actor, más consistente se vuelve.

A este respecto, son especialmente interesantes los catálogos de las exposiciones en las que participó como comisario: *Making Things Public. Atmospheres of Democracy*, con Peter Weibel (2005), *Reset Modernity!*, con Christophe Leclercq (2016) o *Critical Zones The Science and Politics of Landing on Earth* (2020). Ya que, al igual que muestran las conferencias Gifford de 2013 dictadas en la Universidad de Edimburgo *sobre un nuevo régimen climático*, las últimas intervenciones de Latour constituyen interesantes relatos de cómo vivió un político viaje con el planeta por compañero. En respuesta a la urgencia que reclama la crisis del clima terrestre, Latour traza una línea por la que han ido pasando conceptos como el de cosmopolítica (con Isabelle Stengers), zona crítica terrestre (con geólogos, químicos y biólogos estadounidenses), Antropoceno o *Gaia*.

Latour considera que este último artefacto mitológico, político y científico recuperado de la hipótesis de James Lovelock y Lynn Margulis puede ayudar a aterrizar los debates sobre un contra-apocalipsis del que somos desigualmente responsables (2017). *Gaia* ya ha anunciado su mensaje, ha advertido reiteradamente que estamos más involucrados en la tierra de lo que la tierra está en nosotros y, aunque es extraordinariamente sensible a nuestra acción, le interesa bien poco nuestro bienestar. La única esperanza posible, que Latour invoca con optimismo, es una nueva alianza, una nueva composición. *Gaia-en-nosotros, nosotros-en-Gaia*.

Aunque su propuesta de volver a ecologizar el mundo recibiese una más que notable atención en diversas disciplinas más allá de las ciencias sociales, podría decirse que fue su preocupación por investigar “muchos más estados ontológicos que los dos extremos tontos del ser y la nada” (Latour [2005] 2008: 278) la que alimentó su proyecto más ambicioso

y ecléctico: Una investigación sobre la pluralidad de modos de existencia, que es, a la vez, una pluralidad de modos de veridicción (Latour [2012] 2013).

AIME (<http://modosofexistence.org/>) es un ejercicio de onto-epistemología dura, está concebido como un informe intermedio, un prototipo, un extenso libro digital abierto y participativo que se estructura en quince cruces que funcionan como redes sinápticas aparentemente enrevesadas. ¿Cómo es posible defender cuasi-objetos y cuasi-sujetos con derecho propio –singularidades autónomas y duraderas– y hacerlas al mismo tiempo continuas y comunicables? Sólo a través de cadenas de asociaciones instauradas “en una lista cada vez más larga de los seres por los que hay que pasar para subsistir” (Latour 2013: 404). Algunos de ellos son técnicas astutas, ficciones de mundos posibles, referencias lejanas; otros son asambleas mixtas, divinidades portadoras de seguridad o cálculos imposibles, pero todos ellos van componiendo los vínculos de organización necesarios para atender y apuntalar condiciones de felicidad que hagan de este suelo una tierra más vivible.

En esta inteligente obra en permanente discusión, los regímenes de enunciación aparecen como los pasajes o trayectorias que prolongan, modulan y reproducen modos de existencia. También es el proyecto donde la proposición de no situarse en un dominio específico deja de ser una imagen simétrica y pasa a formularse como una proposición indómita. Instituirse, definirse mutuamente, se convierte en un gesto liberador. Aquel que trata sobre no atribuir fuerzas, no dar más reconocimiento ni preocupación, a los postulados modernos. Y, en su lugar, disponer y permitir a toda entidad el poder o capacidad de asociarse.

Con Etienne Souriau Latour elabora una metafísica experimental contra la modernidad, pero también contra el escepticismo de aquellos que no se atreven a adentrarse en la recursividad de su teoría. El libro está plagado de ejemplos concretos y, a la vez, presenta una serie de rodeos necesarios para mantenernos juntos en medio de los ensamblajes, en el entrelazamiento de una pluralidad ontológica irreductible a un ser, una sustancia, una verdad mayúscula. La pragmática respuesta latouriana en este punto es estratégica, si la moral sirve para dejar de economizar el mundo, bienvenida sea.

Por si no hubiese quedado claro que pretendo despedir a Bruno Latour con la invitación a releer sus obras, diré que la lectura es perturbadora y requiere de cierto bagaje teórico. El paulatino ritmo de su escritura siempre insiste en los pequeños detalles y relata experiencias particulares sin bifurcar la naturaleza del mundo (en honor a dos de sus filósofos clásicos de referencia, Alfred N. Whitehead y William James). Supongo que de este modo las descripciones latourianas se convierten en una característica estilística y también filosófica:

“¿Cómo hablar de las galaxias lejanas, de las partículas de la materia, de las elevaciones montañosas, de los valles, de los virus, del ADN o de los ribosomas sin tener a nuestra disposición personajes susceptibles de experimentar aventuras?” (Latour 2013: 237).

Sus textos suelen formular una suerte de inventarios, un embrollo de letanías, catálogos o listas de elementos aunados no por su naturaleza lógica o conmensurable, sino por la mera concatenación de co-presencias que se acumulan en una situación específica, pero que contra todo pronóstico terminan relacionándose para mantenerse y mantenernos vivos. Las asociaciones de Latour invocan la potencia de una paradójica poética inexpressiva (Bogost 2012: 38-42). Una nunca sabe cuán en serio ha de tomar sus palabras y, sin embargo, es siempre trasladada y modificada por ellas porque los datos de entrada nunca predicen los de salida.

Con un humor ácido e irónico, es por ello igualmente admirable el desconcierto al que nos someten las imaginativas interrogaciones de Latour, que siempre sugieren referirse de lo que una misma ha pensado, afirmado, defendido. Latour convierte el arte de hacer preguntas en una posibilidad de conocimiento y negociación, y recoge como pocos el legado del idiota propuesto por Deleuze y Guattari ([1991]1994; Stergers 2005): una ciencia menor que haga proliferar las pequeñas multiplicidades, el anti-narcisismo de las variaciones continuas, irreducibles, entre signo y mundo (Viveiros de Castro 2010: 20).

Como diría su colega Donna Haraway (2016), para leer a Latour hay que mantenerse en este problema, ser impuros y pacientes ante ciertas ficciones, bromas, licencias, incorrecciones, infidelidades, traiciones o definiciones poco canónicas que, sin embargo, cumplen las condiciones necesarias para una ciencia social bien construida: plantear las preguntas relevantes y negociar los problemas. Pues sólo una vez aterrizados seremos capaces de instaurar, de instituir, las respuestas correctas. Su muerte cierra, entonces, con la pregunta más absurda y al mismo tiempo alentadora: ¿Por qué no seguir comunicándonos con él?

Latour deja muchos rastros y los materiales para componer su legado con atención y cuidado están moviéndose por ahí. Es el momento de aliarnos con ellos, traducirlos y alimentar su tan ávido poder de continuar existiendo a través de otros. Ha sido inscrito en tantas memorias, conversaciones, archivos, entrevistas, disciplinas, escuelas... que las posibilidades de observación y seguimiento son grandiosamente variadas. Los muertos nos hacen tejedores de relatos (Despret [2015]2021), y esta muerte es una oportunidad para multiplicar historias, artefactos, instrumentos de análisis, afectos y disciplinas con responsabilidad y respeto. Él trabajó por hacernos más fácil su metamorfosis en un nuevo modo de existencia, ese que está más cerca de los seres de la ficción, más frágil, más vulnerable, y que exige terriblemente de nosotros para persistir en el ser. Tenemos ahora la posibilidad de ser sus dignos portavoces.

NOTAS

¹ En la segunda edición revisada de esta obra, la versión traducida al castellano (1995: 302), el adjetivo “social” sería eliminado del subtítulo, con la intención de no generar una oposición binaria a científico o técnico y extender su significado, tal y como explican en el epílogo los propios autores para responder a aquellas primeras críticas del libro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOGOST, I. (2012) *Alien phenomenology, or, what it's like to be a thing*. University of Minnesota Press.
- DELEUZE, G. & GUATTARI, F. ([1991]1993) *¿Qué es la filosofía?*. Barcelona: Anagrama.
- DESPRET, V. ([2015] 2021) *A la salud de los muertos. Relatos de quienes quedan*. Buenos Aires: Editorial Cactus.
- HARAWAY, D. J. (2016). *Staying with the trouble: Making kin in the Chthulucene*. Duke University Press.
- LATOUR, B. (1998) “A relativistic account of Einstein's relativity”. *Social studies of science*, 18(1), 3-44.
- ([1991]2007) *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- (1996) “On Interobjectivity”. *Mind, Culture, and Activity*, 3(4), 228-245
- (2007) “Can we get our materialism back, please?”. *Isis*, 98 (1), 138-142.
- (2004) “Why has critique run out of steam? From matters of fact to matters of concern”. *Critical inquiry*, 30(2), 225-248.
- ([2005]2008) *Re-ensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- ([2012]2013) *Investigación sobre los modos de existencia. Una antropología de los modernos*. Buenos Aires: Paidós.
- ([2017]2019). *Cara a cara con el planeta: Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- LATOUR, B. & WOOLGAR, S.** ([1979]1995) *La vida en el laboratorio. La Construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza editorial.
- LATOUR, B., HARMAN, G., & ERDÉLYI, P.** (2011) *The prince and the wolf*. Winchester: Zero Books.
- PICKERING, A.** (Ed.) (1992) *Science as Practice and Culture*. Chicago: University of Chicago Press.
- STENGERS, I.** (2005) “The Cosmopolitical Proposal” En B. Latour, & P. Weibel (Eds.) *Making Things Public: Atmospheres of Democracy*. Cambridge, MA, USA: MIT Press.
- VIVEIROS DE CASTRO, E.** (2010) *Metafísicas caníbales: líneas de antropología postestructural*. Buenos Aires: Katz Editores.

